

MEMORIAS DE EXILIO

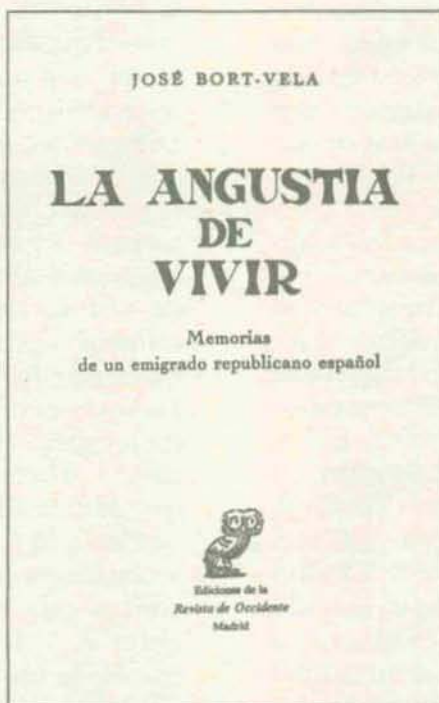
Las memorias de exilio de **José Bort-Vela**, publicadas por «Revista de Occidente» (1), son el testimonio personal de un protagonista de la emigración republicana y una contribución más —en el plano de lo microhistórico— a la reconstrucción del éxodo del 39, obra que comienza a elevarse sobre sólidos cimientos, como el estudio globalizador editado Taurus del que ya se habló en esta revista (TIEMPO DE HISTORIA, números 28 y 30).

José Bort-Vela, más conocido por su seudónimo «Ariel», fue corresponsal en Madrid del periódico de la C.N.T. «Solidaridad Obrera», y colaboró también en *El Pueblo*, de Valencia, *El Liberal*, de Madrid, *Gaceta de Bellas Artes* y otras revistas madrileñas. Director del periódico que la Juventud Anarquista Ibérica publicaba semanalmente en Valencia, sería, una vez fuera de España, redactor de *La Reconquista Española*, primer periódico en castellano que apareció en la Francia liberada, y más tarde, el Presidente del Gobierno de la República en el exilio. Martínez Barrio, le ofreció la dirección de *La Nouvelle Espagne*.

En 1951, «Ariel» fue nombrado por el Gobierno yugoslavo redactor-jefe de las emisiones en castellano de Radio Belgrado, y aunque posteriormente ha visitado España en varias ocasiones, sigue residiendo en Yugoslavia (Concretamente, en Rijeka), desde donde ha comenzado a enviar sus escritos a *El Socialista*: un artículo sobre García Lorca, el gran ausente, salió el 5 de junio último en las páginas de periódico del PSOE.

En su libro «*La angustia de vivir*», Bort-Vela hace recuento de sus experiencias como refugiado en Francia y a la vez evoca diversos episodios de la guerra civil. Con un len-

(1) José Bort-Vela, «Ariel»: «*La angustia de vivir*». Revista de Occidente. Madrid, 1977.



guaje ágil y conciso que revela una pluma avezada en el quehacer periodístico, «Ariel» relata las vicisitudes, penalidades y esperanzas que sufrió durante un periodo crucial de su vida: desde la proclamación de la II República al fin de la Segunda Guerra Mundial. Los recuerdos de la guerra civil —el sangriento enfrentamiento en el cuartel de la Montaña, el asedio de Madrid, la muerte de Durruti...—, se intercalan a los del exilio. El hilo narrativo se fragmenta y la retrospectiva alcanza alternativamente dos planos distintos de espacio y tiempo. El paso de la frontera es el «meridiano» que señala la separación entre dos situaciones límites, el gozne que articula el relato. La cárcel de Perpignan, los campos de concentración de Saint-Cyprien y de Argelès-Sur-Mer, el trabajo en las minas, que se llamaban de «los negros de la Vendée», son las estaciones más duras de su ruta de exilio.

A lo largo de estos años de padecimiento, las imágenes de la guerra son para José Bort-Vela presencia constante y motivo de profunda reflexión, libre de todo resentimiento o rencor de derrotado. «La guerra estaba perdida desde los primeros

días», escribe. «La confianza republicana costó un millón de muertos. ¿Culpables? ¿Responsables? Todos, porque todos habían vivido en la euforia de la República. Nadie, porque todos se habían confabulado contra ella».

También las democracias vencedoras de la Guerra Mundial participaron en esa confabulación. Para Bort-Vela, el problema de España era un problema internacional y estos países a cuyo triunfo contribuyeron los republicanos españoles con sus vidas, no respondieron con la misma moneda apoyando la legalidad republicana frente al régimen que se había impuesto por las armas. ■ **BEL CARRASCO.**

LA ALTERNATIVA DEL «FRENTE POPULAR»

Cuando en 1919 se funda en Moscú la III Internacional, la joven Unión Soviética vivía una dura guerra civil, tenía asediadas sus fronteras y presentaba un crudo panorama de destrucciones y falta de abastecimientos. Frente al fracaso de los partidos socialdemócratas de la II Internacional, que no supieron oponerse a la Gran Guerra y a los intereses del imperialismo europeo, el triunfo de los bolcheviques en 1917 y la generalizada situación revolucionaria en gran parte de Europa abrían nuevas orientaciones a la lucha del proletariado por la transformación social.

La III Internacional reunió a todos los partidos que adoptaron las formas organizativas, tácticas y estratégicas propuestas por Lenin. Su objetivo fue el de coordinar esfuerzos y articular una dirección colectiva de la revolución mundial. Dado el carácter minoritario de alguno de los nuevos partidos comunistas y su poco arraigo, los cuadros de la Internacional debieron asumir tareas organizativas

en diferentes países y su dirección política sustituyó a una auténtica elaboración partidaria.

La evolución de la política interna de la U.R.S.S., que concentró el poder en manos de Stalin y sus seguidores en el P.C.U.S., y las nuevas realidades internacionales cifradas en el fin del sueño revolucionario en Europa, hizo surgir la tesis del «socialismo en un sólo país». La Internacional siguió dirigiendo el movimiento comunista pero reforzando la prioridad y el carácter de centro de la U.R.S.S., convirtiendo al P.C.U.S. en «Partido guía» y la política general en plataforma de apoyo y solidaridad al proceso soviético de construcción socialista.

Cuando aparece en el panorama político de las sociedades atravesadas por la crisis económica el fascismo, como expresión extrema de gran capital aterrado ante el avance de la clase obrera, la Internacional centró sus esfuerzos en el desenmascaramiento y análisis sociopolítico de sus métodos y su demagogia. El VII Congreso que la Internacional Comunista celebró en 1935, significa el punto álgido de este combate porque en él se iba a proponer y aprobar una política concreta que oponer al peligro fascista: la creación de «Frentes Populares» en que se agruparan comunistas, socialistas y otras fuerzas democráticas de origen burgués o pequeño-burgués, unidas por el deseo común o programa mínimo de defender la democracia frente al totalitarismo fascista. Quien desde la tribuna presentó su Informe a los reunidos, había sufrido en su propia piel lo que el fascismo representaba. Era **Jorge Dimitrov**.

Cuando el 27 de febrero de 1933 se produjo el incendio del Reichstag, poco después de llegar Hitler al poder (30-I-1933), la Policía arrestó a Dimitrov y dos compatriotas búlgaros, miembros de la Internacional, que se encontraban en Berlín cumpliendo tareas políticas. Goering, como cabeza visible de la justicia nazi, intentó responsabilizarles del acto terrorista. Con ello quería hacer buenos sus propósitos de culpar no sólo a los comunistas alemanes, sino al comunismo internacional, de la destrucción del edificio parlamentario. Sorprendente, el juicio, que gracias al valor y entereza de Dimitrov que denunció como culpables a las bandas nazis, se convirtió en un **acto de acusación contra el fascis-**

mo. El masivo apoyo internacional y el incompleto control que los hitlerianos ejercían aún sobre Alemania, obligaron a la liberación de Dimitrov y sus compañeros. Vuelto a Moscú, sede de la Internacional, fue recibido en olor de multitud y nombrado su secretario general.

Acaba de publicarse ahora en España (1) el texto del histórico Informe de 1935: «**La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional Comunista en la lucha por la Unidad de la clase obrera contra el fascismo.**» Le acompañan



dos discursos breves sobre la «unidad» y la «juventud antifascista». El documento tiene un evidente valor histórico-político, como indicador del punto de viraje táctico del movimiento comunista y fuente original para la comprensión de los análisis que orientaron la lucha de la clase obrera en los años anteriores a la II Guerra Mundial. Pero, al mismo tiempo, como un clásico que es de las luchas tácticas comunistas, propone y sugiere reflexiones enriquecedoras para las luchas específicas del presente, siempre que no se realicen infantiles transposiciones mecánicas empobrecedoras del auténtico valor de sus propuestas.

Dimitrov comienza estableciendo la especificidad de clases del fascismo. En los años de su ascenso en

(1) **Jorge Dimitrov: «Contra el fascismo»**, Emiliano Escolar, editor, Madrid, 1977. Ver también: «**Obras escogidas**», del mismo autor, en Editorial Akal, Madrid, 1977.

Italia y Alemania, Austria, Bulgaria, Polonia y Finlandia de manera menos notoria, hubo sectores de la pequeña-burguesía e incluso ciertos socialdemócratas que creyeron en la demagogia anticapitalista y altisonante justicialismo social de los programas fascistas. Dimitrov lo define como «la dictadura terrorista descarada de los elementos más reaccionarios, más chauvinistas y más imperialistas del capital financiero». Estas palabras tenían una importancia y agudeza especiales, pronunciadas en un momento en que las fuerzas obreras veían rotas sus filas y encarcelados a dirigentes como Thälmann y Gramsci, y la burguesía, incluso la democrática e ilustrada, respiraba hondo creyendo haber hallado un medio consistente, aunque sucio, para contener los avances de la clase obrera. El informe se dedica a analizar, a partir de la naturaleza de clase del fascismo, de un carácter de contrarrevolución, las causas de su implantación en una serie de países.

La segunda parte, la más amplia, se ocupa de articular una alternativa política concreta que suponga una forma coherente y eficaz de lucha. Dimitrov formula la necesidad de crear el «Frente Unico» que reúna a comunistas y socialdemócratas en la unidad de acción, y el «Frente Popular Antifascista» que agrupe a las fuerzas obreras, campesinas y pequeño-burguesas en una opción de gobierno. Propone reforzar el «internacionalismo proletario», pero respetando las características nacionales de cada país. «**Las formas nacionales** —dirá Dimitrov— que reviste la lucha proletaria de clases, el movimiento obrero en cada país, no están en contradicción con el internacionalismo proletario, sino que al contrario, es precisamente bajo estas formas que pueden defender también con éxito **los intereses nacionales del proletariado**».

Su análisis político conduce a la crítica del «oportunismo» y el «sectarismo» como desviaciones que entorpecen la lucha de masas. El informe recoge en este sentido algunas de las características sectarias del Partido Comunista de España bajo la dirección de Bullejos, Trilla y Adame. Este documento sienta las bases que sirvieron para la creación de nuestro «Frente Popular», impulsado por el PCE y el ala radical del PSOE dirigida por Largo Caballero, al que se unieron los republicanos

de izquierda. Ello explica también la prematura existencia en España de una cultura de potente beligerancia antifascista, potenciada por los intelectuales y artistas ligados al PCE o situados en su esfera de influencia.

Para terminar, quisiera decir que el «Informe Dimitrov» no es pura y simple historia, políticamente letra muerta. Se trata de un clásico, como ya dije, de la literatura comunista en el terreno de las elaboraciones tácticas y estratégicas. La peligrosa tentación —insisto— radica en establecer trasposiciones mecánicas sin tener en cuenta las muy particulares condiciones internacionales existentes, la belicosidad ascendente del fascismo y la dialéctica totalitarismo-democracia que presidía las confrontaciones políticas de aquel período. Su lectura atenta nos ofrece positivos avances sobre el concepto de unidad de acción política de las grandes fuerzas obreras. Nos plantea la necesidad de mantener los principios políticos con firmeza y flexibilidad, establecer alianzas sin diluirse en ellas, huir del oportunismo y del sectarismo como dos tentaciones que asaltan a los partidos comunistas, etc.

Es una lástima que los editores se hayan limitado a transcribir la edición del texto establecida por «Sofia-Press». Se hacía necesaria una introducción que situase biográfica y cronológicamente el «Informe», que hiciera el estudio crítico desde hoy. Ello habría enriquecido su edición y hecho más valiosa. ■ **JUAN ANTONIO HORMIGON.**

DE «FLECHAS Y PELAYOS» A «BUTIFARRA»

Es ciertamente un largo camino el que va desde «Flechas y Pelayos» hasta «Butifarra». Prácticamente, toda la historia del franquismo. Y seguir la evolución del **comic político español** durante esa etapa es como seguir la propia historia del régimen. Un régimen que comenzó segregando por todos sus poros una ideología imperial y triunfalista —que trataba en vano de encubrir la

escuálida y represiva realidad cotidiana— y que ha acabado, cuarenta años después, en la mayor de las bancarrotas.

Ahora, una revista especializada, «Bang», se ocupa, en número monográfico, de los diversos avatares sufridos por el género desde los primeros años triunfales hasta la muerte del dictador a través de cuatro ejemplos de comic político especialmente significativos (1):

«Flechas y Pelayos» es —por así decir, la protohistorieta política del régimen. Hasta el punto de que su aparición fue una de las consecuencias del Decreto de Unificación de 1937. «Flechas» había sido hasta entonces la revista juvenil de la Falange; «Pelayos», la de los requetés. La dirección se encomendó a un monje de Silos y amigo de Ledesma Ramos: fray Justo Pérez de Urbel. Se trataba de equilibrar el laicismo que atribuían muchos de los falangistas en el integrismo católico, y fray Justo, monje o colaborador temprano de los fascistas, pareció la figura más capaz de conseguir ese equilibrio bajo la nueva fórmula del nacionalcatolicismo. En cuanto al substrato ideológico de «Flechas y Pelayos», baste citar unas frases del trabajo que le dedica en «Bang» Fernández Larrondo: «Se pretende infundirle (al niño) una fe ciega en el sistema

(1) Los trabajos originales de los especialistas de «Bang» —Antonio Martín, Ludolfo Parra, Ignacio Fontes, Román Gubern, Fernández Larrondo, Antoni Segarra, Joan Navarro, Juanjo Sarto, José María Ortiz, etc.—, se complementan con entrevistas a dibujantes o responsables de los comic estudiados.



que le rodea, en los mandos que se imponen (...), al tiempo que se le enseña a odiar o a temer irracionalmente a los demás sistemas políticos posibles».

Diez años más tarde —en 1948, concretamente—, comenzarían a publicarse las no menos célebres «Hazañas Bélicas» a cargo del dibujante Boixcar, y en las que se traslucía —bajo un cierto barniz de pacifismo (la paz imposible, pero no por ello menos anhelada)— un fondo idealizador de la batalla. «Las historias contadas son siempre muy humanas, comenta Luis Conde en su presentación del comic, extrañamente humanas para una época y un mundo que valoraba en poco la vida humana». La acción se sitúa generalmente en el frente del Este y en el Pacífico, y como entre los combatientes ha de haber siempre buenos y malos, ni que decir tiene que los buenos son siempre rubios norteamericanos o alemanes, mientras que a la segunda categoría pertenecen naturalmente los torvos comunistas —incapaces de experimentar ningún sentimiento noble, intrigantes y torturadores— y los asiáticos en general: tampoco el racismo podía estar ausente.

El tercer ejemplo escogido por «Bang» es la ya famosa «Lavinia 2016», del catalán Enric Sió, que Román Gubern califica de «primer comic político explícito publicado bajo el franquismo y desde una perspectiva no sólo opuesta a la de las clases dominantes centralistas, sino que parecía también investido de una condición satírica hacia la propia cultura (catalana) que se reivindicaba». «Lavinia» —comic de factura a la vez ecléctica y sofisticada— representa la fábula del Estado-Policía de partido único a cuyos ciudadanos les esté negada la palabra. Contra esta sofocante situación se rebelan los jóvenes y los poetas, a cuya cabeza marcha el cantante Raimon.

Significativamente, Sió ha utilizado en su comic símbolos, personajes y estereotipos de la cultura catalana que se trataba de afirmar, aunque situándolos en un contexto casi de ciencia ficción. La historia de Lavinia termina en una especie de explosión de optimismo iconoclasta: recordemos que estamos en 1968, año de la revolución juvenil.

Menos estilizado que el de Sió, pero más auténtico como expresión de la